



Revista de Antropología Social

ISSN: 1131-558X

ras@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid
España

Dulong, Renaud

La implicación de la sensibilidad corporal en el testimonio histórico

Revista de Antropología Social, núm. 13, 2004, pp. 97-111

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83801304>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La implicación de la sensibilidad corporal en el testimonio histórico

The implication of corporal sensibility in the historical testimony

L'implication de la sensibilité corporelle dans le témoignage historique

Renaud Dulong

CNRS - EHESS
dulong@ehess.fr

Resumen

El testimonio histórico, la forma moderna de testimonio que ha emergido tras las dos guerras mundiales, pretende fundamentalmente transmitir a la sociedad contemporánea lo que han vivido los supervivientes de estas catástrofes. No se trata solamente de informar a los lectores sino de transmitirles el eco del choque producido por un acontecimiento, como señal de alarma sobre la evolución de la sociedad. El testimonio escrito es, igual que en su forma oral, la comunicación de una sensibilidad humana a otra, y es por esto que, incluso mediante un texto, implica tanto el cuerpo del testigo como el del destinatario. Dos obras, una sobre los testimonios de veteranos de la Primera Guerra Mundial, la otra sobre testimonios de las víctimas sobrevivientes de los campos de concentración, demuestran la importancia de la corporeidad en el dispositivo de la transmisión escrita del testimonio histórico.

Palabras clave: Testimonio, historia contemporánea, epistemología, corporeidad, campos de concentración

Abstract

Testimony —the modern form of witnessing which emerged after the two world wars — seeks to pass down to contemporary societies the experiences lived by the survivors of those disasters. The intent is not only to inform the readers, but to convey to them the echo of the event as an alarm about the evolution of modern society. The written testimony is —as in its oral form— the communication of one human sensibility to another, and therefore the text must convey the shock of experiencing, which implies the commitment of the body of the body of writer and reader.

Two books, one about the testimonies of the veterans of First World War, the other about the survivors of the concentration camps, demonstrate the importance of the corporal feature in the device of the written transmission of historical witness.

Key words: Testimony, contemporaneous history, epistemology, corporeity, deportation camp.

Résumé

Le témoignage historique, la forme moderne de témoignage qui a émergé lors des deux guerres mondiales, vise principalement à transmettre aux contemporains ce qu'ont vécu les rescapés de ces catastrophes. Il ne s'agit pas seulement d'informer les lecteurs, mais de leur transmettre l'écho du choc d'un événement, et comme un signal d'alarme sur l'évolution de la société. Le témoignage écrit est, comme dans sa forme orale, la communication d'une sensibilité humaine à une autre, et c'est pour cela que, même par le moyen d'un texte, elle implique le corps du témoin comme celui de son destinataire. Deux ouvrages, l'un sur les témoignages d'anciens combattants de la Grande Guerre, l'autre sur ceux des rescapés des camps, démontrent l'importance de la corporéité dans le dispositif de la transmission écrite du témoignage historique.

Mots-clés: Témoignage, histoire contemporaine, épistémologie, corporéité, camps

SUMARIO 1. Introducción. 2. La emergencia del testimonio histórico durante la Primera Guerra Mundial. 3. La crítica de testimonios por Jean Norton Cru. 4. La especificidad del testimonio histórico. 5. El "borrador" del testimonio escrito sobre los campos de concentración. 6. La memoria corporal como revelador de la veracidad de los campos de concentración. 7. Modo de empleo de estos testimonios. 8. Referencias bibliográfica

1. Introducción

A finales del siglo XIX, la historia del testimonio estuvo marcada por el nacimiento de la crítica psicológica que, mediante una serie de experimentaciones, demostraba la poca fiabilidad de las declaraciones de los testigos. Durante el siglo XX, este tipo de historia se recobró con la emergencia del testimonio histórico sobre grandes catástrofes: I Guerra Mundial, Auschwitz, el Gulag, más recientemente los genocidios de Camboya y Ruanda. Lo que designaremos aquí como testimonio histórico es este fenómeno contemporáneo: supervivientes de estas tragedias masivas publican para el gran público lo que ellos han vivido, a veces para denunciar tal o cual responsabilidad, más frecuentemente para recordar a los desaparecidos, y siempre para que los ciudadanos tomen conciencia de lo que ha pasado y se movilicen contra el regreso de la barbarie.

Es verdad que libros de testimonios habían sido ya editados en el siglo XVII, sobre todo para denunciar las persecuciones sufridas por los adeptos de religiones prohibidas por el poder (Dornier 2004). El testimonio histórico contemporáneo surge como movimiento social; se cuentan por millares los testimonios de supervivientes de campos nazis, por cientos los libros publicados por los combatientes de la Guerra Mundial.

Estos testimonios, producidos al margen de la judicatura, tratan sobre todo de alertar a la opinión pública sobre la realidad de masacres inauditas. En ellos se relata lo que han vivido y experimentado sus autores: la existencia en el frente de una guerra dominada por las armas industriales, la organización de la muerte lenta en los campos de deportación, la exterminación en los campos nazis, etc. Sobre todo, estos textos quieren lanzar la señal de alarma alertando a nuestras sociedades, tan orgullosas de su modernidad, sobre el hecho de que en ellas los hombres son capaces de planificar, organizar y ejecutar la muerte masiva de sus semejantes.

En este artículo, quisiera desarrollar la idea de que el cuerpo del testigo está necesariamente implicado en este género de testimonios, cuyo contenido no sólo son hechos vividos, sino sobre todo las reacciones del testigo a tales hechos. Durante la declaración delante de los tribunales, al testigo judicial se le exige que «se atenga a los hechos»; el testigo histórico, por su parte, tiene por misión transmitir una experiencia límite, de hacer comprender el sufrimiento, la humillación, la repugnancia, la obsesión por la muerte y la voluntad de sobrevivir. Éste ha de hacer públicos detalladamente los tormentos que han dejado marca en su cuerpo y que han hecho bascular su concepción del mundo. Así, el testimonio debe provocar en quien lo

recibe una reacción afectiva, un juicio de valor, un sentimiento que se pueda explicitar con un «esto nunca más».

Si tal es la función de estos relatos autobiográficos, entonces plantean un problema de pragmática literaria: ¿cómo pueden llegar a conmover al lector y movilizarlo? No basta con que la intención de testimoniar presida su escritura. Sabemos que, entre un gran número de escritos sobre los campos nazis, sólo algunos han conocido una recepción suficientemente amplia para que se pueda hablar de éxito –menos de notoriedad literaria que de la transmisión de un mensaje sobre la realidad–. Hay pues unas «condiciones de éxito» del testimonio sobre el horror: es preciso que el texto pueda ser leído por un público numeroso, que responda a las exigencias de autenticidad de un testimonio, etc. Aquí me interesaré por una condición menos evidente: el dispositivo de escritura debe poner en juego una dimensión capaz de desatar la indignación del lector; esta dimensión está directamente articulada con el cuerpo del testigo.

Cuando el testigo habla en presencia de su o sus destinatarios, la comunicación sólo pasa por las palabras; implica también el tono de voz, la mímica del rostro, los gestos. Incluso si no presenta los estigmas de la victimización, el cuerpo del testigo expresa el recuerdo de tormentos soportados. Hacer pasar esta fuerza emotiva por un texto exige un carácter particular de escritura del que no disponen todos los autores. Por eso no es indecente hablar de estrategia narrativa o de estética del testimonio, examinando las modalidades de escritura gracias a las cuales ciertas obras llegan, mejor que otras, a comunicar la realidad vivida.

No estoy ducho en literatura; así que presentaré dos estudios que han propuesto este análisis estético y que han reconocido, cada uno a su manera, la importancia de la implicación del cuerpo del testigo en el testimonio sobre una catástrofe. La primera de estas obras es la de Jean Norton Cru, aparecida en 1929 bajo el título *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édités en français de 1915 à 1928*¹. La otra es la publicada el año pasado por Luba Jurgenson con el título *L'expérience concentrationnaire est-elle indicible?*² Estos textos me interesan desde la perspectiva de la epistemología del testimonio: uno y otro hablan del cuerpo del testigo ocular como elemento de la transmisión.

2. La emergencia del testimonio histórico durante la Primera Guerra Mundial

Para presentar el estudio de Norton Cru es preciso evocar las circunstancias en las que emerge la primera serie contemporánea de testimonios históricos. La entrada en

1 La obra no vuelve a ser editada hasta 1993, cuando las Presses Universitaires de Nancy hicieron una edición fac-simil. Norton Cru publica en 1931 *Du témoignage*, donde retoma, desarrollándola, la introducción de *Témoins*.

2 L. Jurgenson es la traductora en francés de la mayoría de los escritos de Varlam Chalamov sobre el GULAG; hasta ahora sólo había publicado novelas.

la Primera Guerra Mundial estuvo marcada, desde el punto de vista de la información periodística, por la reticencia de los Estados Mayores a divulgar informaciones sobre las operaciones en el frente y sobre las bajas, sobre el estado material y moral de las tropas; la prensa se sometió a esta directriz. Esta desinformación organizada hizo que en Francia los periódicos retomasen rumores infundados, hablasen eufemísticamente del avance de las tropas alemanas, minimizasen la hecatombe de la infantería francesa o se cebasen en la exaltación patriótica del sacrificio de los soldados. Como estos periódicos llegaban a los soldados, éstos pudieron constatar este “bourrage de crâne” [*lavado de cerebro*]. Tratando de restituir la verdad, sorteando la censura impuesta sobre las cartas que escribían a sus familias, algunos hicieron llegar anónimamente a los periódicos “novelas de guerra”, publicadas primero en folletines y después en libros. La publicación de testimonios de combatientes comienza a finales del año 1914 en Bélgica. En Francia, el primer libro de memorias del frente aparece en folletín a partir de junio de 1915 con el título *La victoire de Lorraine*. Una de las más célebres novelas, *Le feu* de Henri Barbusse, fue publicada en folletín durante el mes de agosto de 1916 y en libro en diciembre; su éxito, impulsado por la concesión del premio Goncourt, fue tal que conoció varias ediciones antes del fin de la guerra y alcanzó una tirada de 300.000 ejemplares en 1924. Limitándonos a las obras escritas o traducidas en francés –12 títulos se publican en 1915, 50 en 1916, 68 en 1917, 58 en 1918–, contamos 187 libros durante los años de la guerra; en 1928, eran más de 300 las obras escritas por veteranos de guerra³.

Así, parece legítimo hablar de un nuevo género de literatura, el testimonio de guerra, aunque estas publicaciones adoptaban a menudo la forma de “novelas”. En un relato autobiográfico o bajo el disfraz de una ficción, de lo que se trata es de contar la manera en la que los combatientes situados en primera línea vivían una guerra, guerra en la que nadie, ni siquiera los responsables políticos y militares, tenía la menor idea de lo que ésta representaba para quienes la libraban. Uno de los factores que frecuentemente avanzan los historiadores para explicar esta profusión es la presencia de profesionales intelectuales –en particular, escritores– entre la población movilizada. Por mi parte, sostengo que –aunque sólo algunas de estas obras serán calificadas de testimonios, según los criterios de Norton Cru– este género de escritura fue una forma de revuelta de los combatientes contra la mentira, la propaganda y las representaciones épicas de la guerra impuestas por la casta militar. Y la recepción de estos escritos por el público fue, como eco a esta revuelta, la manifestación de su horror frente al engaño. Es preciso recordar aquí que los franceses habían vivido a principios de siglo el caso Dreyfus, durante el cual el ejército, para salvar su honor, había intentado engañar a la opinión pública. Este pasado reciente, que debió de enardecer a ciertos testigos para desafiar a la censura, explica seguramente el

³ Los datos citados en este párrafo fueron extraídos de la obra de Norton Cru.

éxito de las obras y determina, según Frédéric Rousseau (2002), la empresa de Norton Cru.

3. La crítica de testimonios por Jean Norton Cru

En la introducción a *Témoins*, Jean Norton Cru se presenta como veterano de guerra. En el momento del comienzo de la guerra enseñaba francés en una universidad de los Estados Unidos, de donde regresó cuando lo movilizaron. Llega al frente en octubre de 1914, donde permanece dos años, participando directamente en la cruenta batalla de Verdún. Es designado a finales de 1916 como intérprete en el Estado Mayor y termina la guerra alejado de los combates. Desde su estancia en el frente viene leyendo las primeras novelas de guerra publicadas por los soldados y distinguiendo entre las representaciones justas y las que traicionan la realidad, bien edulcorando su horror, bien exagerándolo. Tras la guerra, comienza una recensión minuciosa de todas las obras francesas escritas sobre el frente. Este estudio personal culminará, diez años después, en *Témoins*. Esta obra de seiscientas páginas es única en su género: nadie había realizado antes, ni ha realizado después, la comparación de todos los testimonios de un mismo evento, acompañado de una presentación explícita del método utilizado para esta crítica.

Al final de la obra se clasifican los 250 autores de los 300 libros glosados en seis clases según el grado de verdad del testimonio sobre la guerra; es decir, según el autor, “la verdad del testimonio sincero que dice lo que ha hecho, visto y sentido, verdad accesible a todo hombre inteligente que sabe ver, reflexionar y sentir”. Sólo una treintena de obras forman parte de la primera categoría, la de los testimonios absolutamente fiables. En esta clase, sólo el nombre de Genevoix se salva de caer en el olvido. En cuanto a los autores que representan, todavía hoy, a los clásicos del género –Dorgelès, Barbusse, Giraudoux,...– no pasan de la cuarta categoría, que tiene la mención de “mediocre”. La obra bien conocida de Remarque *Sin novedad en el frente*, recibe este escueto comentario: “un no-combatiente no cometería más errores” (Norton Cru, 1993: 80). Sin embargo, estos autores habían conocido el éxito desde su publicación y habían sido saludados por la crítica. Imposible describir la polvareda que levantó en las revistas literarias la publicación de *Témoins* (Amossy 2000). ¿En qué criterios se basó Norton Cru? Por una parte en la veracidad del relato y la verosimilitud de las descripciones. Por otra, en la fidelidad con la que se restituyen los sentimientos de los soldados.

Primer criterio. La reseña de cada autor comienza por sus elementos biográficos, escritos en pequeños caracteres de imprenta, donde se indica especialmente su itinerario durante la guerra, los regimientos en los que sirvió, todos los combates en los que participó. Esta investigación, efectuada después de la guerra a partir de los informes publicados por el Estado Mayor sobre las operaciones militares, permite demostrar que ciertos pretendidos testigos relatan episodios que no han podido conocer más que de oídas o a través de los periódicos...

Pero este género de error es una falta venial para la veracidad que Norton Cru exige de los testigos. En el comentario, que constituye lo esencial de la recensión, son en primer lugar las descripciones de la guerra las que permiten apreciar la fiabilidad del testigo. El crítico denuncia ahí la reproducción, como hechos vividos por el autor, de leyendas y rumores que circularon durante la guerra entre los combatientes. Así, afirma que el uso de bayonetas y los combates cuerpo a cuerpo habían sido más bien raros; la mención de este género de hechos en una obra la hace sospechosa de repetir un cliché o de buscar lo meramente espectacular. Por ello, Norton Cru exige del testigo que se atenga rigurosamente a lo que ha visto y sabe de la guerra, desde su limitado punto de vista. Ciertamente, lo que un soldado de infantería pudiese ver se limitaba a la porción de trinchera ocupada por su compañía y al espacio que desde allí podía vigilar; lo que pudiese saber del frente dependía de los desplazamientos de su unidad. La mayoría de los soldados no conocían siquiera el emplazamiento geográfico donde estaban apostados, ni la importancia de su posición en el dispositivo estratégico. Además, la sucesión de órdenes y contraórdenes desalentaba a las tropas –a veces también a sus suboficiales– para encontrar un sentido a su situación.

Sobre todo, Norton Cru critica el uso de representaciones estereotipadas para describir ciertos aspectos de la guerra, representaciones que conducen a la inverosimilitud. Por ejemplo, demuestra que ver “charcos de sangre” bajo los cadáveres era materialmente imposible: por una parte, las balas mataban la mayoría de las veces por hemorragias internas, por otra, la tierra calcárea del este de Francia, a menudo empapada, absorbía inmediatamente la sangre. Describir la guerra mediante imágenes sanguinolentas, es falsear su representación y mistificarla a los ojos del lector. Este otro aspecto de su crítica se dirige a las novelas de intención pacifista que, para hacer más odiosa la guerra, la describen con imágenes hiperbólicas, cometiendo el error simétrico de las obras belicistas que moderan su crueldad para hacerla admisible, incluso admirable... Para él, lo importante es que los lectores descubran la verdad exacta, que se representen la guerra como una realidad terrestre, un acontecimiento que ha afectado a su mundo. Mostrar las cosas tal y como cada uno las haya podido ver y vivir es el medio más eficaz para luchar por la paz. Su ideal de descripción se lo proporcionan los informes médicos: como para los síntomas clínicos de una enfermedad, una descripción precisa debe permitir a quien la lea hacerse una idea del mal. En el fondo, una guerra es una enfermedad del género humano, y es preciso en primer lugar conocerla para intentar curarla.

Segundo criterio. La recensión de textos hace que aparezca una prueba más decisiva para la apreciación del valor del testigo: la exactitud en la expresión de sus reacciones personales de soldado. La autenticidad de un testimonio se mide por la verdad de lo que recuerda haber sentido un hombre al estar continuamente bajo el fuego de la artillería, al vivir con la presencia permanente de la muerte, preso de la angustia por el próximo asalto, pensando en no sobrevivir a una guerra interminable y

absurda. Para Norton Cru, los lapsos de memoria del testigo respecto a los hechos percibidos son excusables, pero no la mentira acerca de las reacciones de individuos sumidos en tal situación apocalíptica. Se le ha acusado de haber erigido de esta manera, como vara de medida de los testimonios, el recuerdo de sus propias reacciones. Él reivindica este criterio afirmando que cualquier ser humano, instalado en el corazón de ese infierno que era el frente, no podría haber experimentado otros sentimientos que los que él mismo había sentido.

Ahora bien, es este postulado de la similitud de las reacciones de los soldados en el frente el que refiere, a mi juicio, a la corporeidad: “la guerra no es un concepto metafísico, es un hecho material que se puede conocer por el contacto directo, mediante los ojos, las orejas, la nariz, los nervios” (Norton Cru 1993: 138). Este principio está basado implícitamente en la premisa de que compartimos un dispositivo de sensibilidad común. De esto se colige, de una parte, que las reacciones provocadas por la vivencia de situaciones límites son en primer lugar fisiológicas. De otra parte, como señalan recientes análisis de las emociones, éstas expresan sobre todo la forma en que el cuerpo siente las situaciones. Ciertamente, la educación o la experiencia pueden llevar a actitudes diferentes frente al peligro: la fe religiosa o las ideas patrióticas pueden insuflar coraje, la solidaridad de grupo puede ayudar a la voluntad a dominar en parte los afectos. Sin embargo, la violencia paroxística de ciertos episodios –la batalla de Verdún, los duelos de artillería sin tregua durante varias jornadas, la inminencia de un asalto del que se sabe que la mayoría de los asaltantes no regresarán vivos– desbarata estas defensas psicológicas. Ante circunstancias donde el individuo se descubría peón de un juego de fuerzas que amenazaban su vida y que nadie controlaba, éste volvía al estado de recién nacido, no más que un cuerpo desnudo e inerme.

4. La especificidad del testimonio histórico

Para justificar su primer criterio, Norton Cru, que conocía los descubrimientos de la psicología del testimonio, sostiene que los errores, excusables cuando se asiste a un acontecimiento efímero, ya no lo son cuando se trata de testimoniar sobre una realidad que permanece en el campo perceptivo durante semanas o meses. Su argumento reenvía a la distinción, tradicional en derecho, entre testigo *ocular* y testigo *instrumental*. Desde un punto de vista cognitivo, el testigo ocular se ve sorprendido en un acontecimiento fortuito; su percepción puede estar aturdida por la emoción o la rapidez del desarrollo del suceso, y su memoria puede verse influenciada por las informaciones recibidas después sobre lo ocurrido –todo esto está ampliamente demostrado por experiencias en laboratorio–. Por el contrario, el testigo instrumental sabe, antes del acontecimiento, que tendrá la tarea de hacer un informe de su observación. Esta postura la comparte el policía encargado de un atestado, el científico que asiste a un experimento, el árbitro de un partido de tenis, el reportero que cubre una manifestación oficial, etc. Desde el punto de vista cognitivo, la atención

está focalizada, de principio a fin, sobre aquello de lo que tendrá que dar cuenta. El testigo histórico pertenece a este segundo tipo, al menos cuando se trata de describir un frente de guerra o un campo de concentración donde ha vivido durante meses.

En cuanto a los argumentos de Norton Cru sobre el segundo criterio, la exactitud en la expresión de las reacciones individuales, éstos obligan a abandonar las categorías jurídicas y a regresar a la modalidad informal del testimonio, la que encontramos en la vida cotidiana. Lo que he propuesto llamar testimonio ordinario es lo que damos y recibimos en las relaciones ordinarias; este testimonio ordinario constituye la base del testimonio judicial en los procesos penales (Dulong 1998). La neutralidad exigida del testigo judicial obliga a que su declaración se atenga a los hechos, que evite cualquier juicio sobre las personas e incluso que se calle sus reacciones. Ahora bien, esto no es del todo lo que esperamos del testigo en una relación cotidiana. Si uno de sus prójimos le informa de que ha asistido a un terrible accidente de tráfico, usted no le pide que mencione la disposición de los cuerpos o el color de los vehículos. Por el contrario, usted espera que exprese la conmoción que sintió ante ese espectáculo, que él le haga partícipe de su emoción; y él, por su parte, espera que usted se haga eco de sus sentimientos, con un juicio moral sobre la inseguridad viaria, por ejemplo...

En otras palabras, la modalidad judicial del testimonio considera al testigo como si éste fuese una cámara de video. El testimonio histórico ha de restituir también la realidad factual, aunque lo esencial se juega, como en el testimonio ordinario, en la sensibilidad hacia los tormentos sufridos, y en la capacidad para comunicarlos mediante el lenguaje. Sería equivocado distinguir esas dos dimensiones según la oposición clásica entre objetivo y subjetivo, pues el producto de este proceso —la obra de testimonio— pone en juego de manera indiferenciada la memoria de las cosas y de los sentimientos: el testigo manifiesta frecuentemente su vivencia a través de la descripción de la realidad que ha percibido.

Cuando el testigo y su destinatario están frente a frente, es decir cuando sus cuerpos están presentes, su interacción permite al segundo verificar como auténtico al primero. He enumerado más arriba las manifestaciones del cuerpo que, paralelamente a la narración, transmiten el eco de los afectos vividos: el tono de voz, las expresiones del rostro, etc. Estos elementos son utilizados frecuentemente por policías y magistrados para verificar la sinceridad de un testigo. Cuando el testigo histórico habla para su público, las eventuales dudas del destinatario son despejadas por el aura que irradia del cuerpo del testigo y por la suerte de identificación que produce. He afirmado que el cuerpo del testigo, en tanto que materialidad del acontecimiento, muestra la huella material de lo que afirma y asegura una especie de actualización del pasado en el presente (Dulong 1998).

Este potencial de expresión del cuerpo del testigo puede transmitirse en parte por la radio, el cine o la televisión, pero en absoluto a través del libro. Ahora bien, los grandes testigos históricos se han dado a conocer por sus testimonios escritos. Su

notoriedad está relacionada seguramente con ciertas propiedades estéticas de las obras. Sin embargo, comparando los testimonios sobre Auschwitz, ¿cuál es el punto común de estilos de exposición tan dispares como los de Primo Lévi, Elie Wiesel, Robert Antelme e Imre Kertész? ¿Qué los diferencia de testigos también verídicos, pero menos conocidos? Entre los testigos de la primera Guerra Mundial, ¿por qué Remarque, Dorgelès o Jünger se han impuesto, pese al juicio de Norton Cru que calificaba de “mediocre” su valor testimonial? ¿Por qué Lintier, Pézard Werth y otros “excelentes” testigos no han conocido el éxito?

Norton Cru es muy ambivalente respecto a la estética literaria. Por una parte acusa a escritores ya conocidos antes de la guerra –Barbusse, Maurois, entre otros– de haber sacrificado la fidelidad a la realidad en beneficio de efectismos literarios. Por otra parte, reconoce que el arte poético de Genevoix le ha permitido restituir de una manera vívida y justa, en los diálogos entre los personajes de su novela, el ambiente de una compañía en el frente. Sin embargo, Norton Cru no se posiciona como crítico literario, sino que ha querido seleccionar los testimonios auténticos, los que harían tomar conciencia de la guerra a sus lectores. Las páginas que cita como las mejores son las que el lector no podrá leer “sin que su pulso se acelere, sin sentir ese auténtico mareo”, esa náusea permanente vivida por los hombres en el frente (1993: 161). Si bien Norton Cru no habla directamente del cuerpo del testigo, esta dimensión está indirectamente presente en su principal criterio de autenticidad: la exigencia de informar fielmente del miedo a la muerte, de la angustia en espera del asalto, de la repugnancia de la vida frente a los cadáveres de los camaradas, etc. Lo que él resume en la palabra francesa *cafard* [una forma de depresión] que recoge el sentir de todos, porque era la reacción natural de una sensibilidad humana frente a aquellas realidades.

5. El «borrador» del testimonio escrito sobre los campos de concentración

La corporeidad está presente de modo muy sobresaliente en los testimonios de los supervivientes de los campos de concentración. Todos los autores hablan de la inquietud por sus cuerpos como la preocupación primera de los detenidos porque, en los campos de concentración nazis como en los campos estalinistas, los individuos no eran considerados seres humanos, sino sub-hombres, tratados con mayor brutalidad que los animales y abocados en cualquier caso a la muerte. La alimentación era insuficiente; el hambre, los trabajos ímprobos y las condiciones de existencia reducían estos seres al estado de meros cuerpos supervivientes. Las fotografías tomadas por las tropas aliadas cuando liberan los campos de concentración dan una idea de esta reducción a un estado de precariedad desconocido y difícilmente concebible: ciertos individuos aparecen en ellas como si fuesen cadáveres hacinados junto a los barracones. Los relatos de los liberados intentan describir el estado físico y moral resultante de este trato, aunque lo que ellos habían experimentado difícilmente puede transmitirse mediante el lenguaje: el hambre o la sed de Auschwitz

fueron estados permanentes de sufrimiento absolutamente incomparables a las sensaciones que asignamos a esas palabras... Para hacer comprender el marasmo de su ser, recurren a relatos de episodios que muestren los extremos a los que les empujaban la voluntad de sobrevivir, como por ejemplo robarle la ración de pan a un compañero demasiado enfermo para poder vigilarla.

La cuestión –ya planteada por Norton Cru– de la diferencia entre el soldado del frente y el testigo que redacta sus memorias, se convierte en el caso de los campos en un problema más radical: ¿es el mismo individuo el que testimonia hoy sobre lo que vivió antaño, como un ser reducido a un cuerpo extenuado incapaz de testificar? Es preciso recordar para empezar que los detenidos en los campos no tenían derecho a escribir, ni a conservar escritos. Lo que garabateó Primo Lévi fue inmediatamente destruido, los textos de Chalamov conservados secretamente desaparecieron cuando fue trasladado a otro campo. Si el proyecto de testificar ha podido dar a algunos, como a Primo Lévi, una razón para sobrevivir, y por tanto contribuir a salvarles, no les ha dejado escapar de la situación material de los demás. Cuando estaba detenido, el testigo estaba agotado, privado de lenguaje, al límite de la capacidad de pensar. El hombre que ha vuelto a ser capaz de pensar y escribir, redacta su testimonio queriendo reencontrar al ser que fue, pero que ya no está allí.

El ensayo de Luba Jurgenson (2003), *L'expérience concentrationnaire est-elle indicible?*, está basado en esta ruptura de identidad. En los escritos de los liberados la distancia entre el testigo escritor y el detenido de antes es expresada como una dificultad de acceso a la memoria. El análisis de Jurgenson presenta esta distancia en términos de una jerarquía de las escrituras, que manifiesta el desdoblamiento de la personalidad. Así esta distancia tiene consecuencias positivas sobre el dispositivo del testimonio.

El argumento de Jurgenson parte de una constatación: los testigos de los campos nos han legado dos tipos de textos: primero, los que ella designa como “libro 1”, los relatos de la deportación; y después otros textos, que llama “libro 2”, que son reflexiones sobre el libro 1. A éstos pertenecen por ejemplo las entrevistas ofrecidas a periodistas o también reflexiones redactadas en función de circunstancias contemporáneas. El mejor ejemplo lo proporciona la obra *Los hundidos y los salvados*, escrita por Primo Lévi cuarenta años después de su testimonio; este libro 2 prolonga los análisis de *Si esto es un hombre*, el libro 1, y hace balance de la misión del testigo. Ciertas páginas del libro 2 pueden ser también insertadas en el libro 1, cuando el autor explica la dificultad de escribir, por ejemplo.

Una recurrencia del libro 2, es la imperfección del libro 1 en relación al estrato original de escritura, para el cual Jurgenson adoptará tanto el término “borrador” como “libro 0”. El testigo se queja de la dificultad de extraer de su memoria un estado de sí mismo que no estaba provisto de la reflexividad suficiente para autodescribirse. Este estrato soterrado sería de esta manera la memoria primera de la experiencia misma.

La redacción del libro 1 encuentra, según el libro 2, dos obstáculos principales. Por una parte, el lenguaje adecuado al testimonio debe ser inventado por el testigo: se trata de hacer comunicable un mundo inhumano, difícilmente representable para aquellos que no lo han conocido, pero sobre todo que no ha sido puesto en palabras en el momento de la experiencia. Por otra parte, lo que es aún más difícil, el testigo debe volver al ser que era cuando la experiencia fue vivida, es decir, recobrar el libro 0. El testimonio supone por parte del superviviente un penoso descenso a una zona mnémica que el dolor ha escotomizado⁴. Esta anamnesis podría compararse a la exigida por la terapia psicoanalítica, salvo que –y la diferencia es esencial– en el caso del liberado, no se trata de tomar conciencia de que “yo es otro”, sino superar el hecho inaudito de que “yo ha sido otro”.

Ahora bien, como dije más arriba, este otro sólo era un cuerpo en estado de supervivencia. Su organismo estaba enteramente movilizado por la satisfacción de las necesidades fisiológicas indispensables para continuar existiendo. Al mismo tiempo, este organismo era el de un ser humano, es decir, que disponía de la percepción y de la sensibilidad ligadas al hecho de tener ojos, orejas, cerebro, etc.

Desde el punto de vista de la epistemología del testimonio que desarrollo aquí, el postulado de la existencia de un libro 0 puede considerarse como un instrumento teórico que permite dar cuenta de la especificidad de la redacción de las memorias de los liberados de los campos, dada la ausencia de un relato oral preliminar. Desde su perspectiva, Luba Jurgenson establece un nuevo dispositivo del testimonio, específico de la literatura sobre los campos de concentración, pero que puede considerarse como el paradigma del testimonio histórico contemporáneo, en la medida en que estos testimonios tienen por objeto las catástrofes del siglo XX. El estatus del libro 0 en relación al libro 1 no es cronológico, sino arqueológico, y el testimonio del liberado es una extracción o más bien un descubrimiento, como el de una ciudad antigua enterrada en las arenas del desierto. El esquema clásico del testimonio ocular en tres fases –percepción, memoria y restitución por un relato– es reemplazado por un dispositivo más complejo, donde la memoria corporal ocupa un lugar central. Ahora bien, este dispositivo –el cual no olvidemos que representa una suma inaudita de sufrimiento– procura paradójicamente un instrumento muy seguro de representación del pasado, a la vez que garantiza la representatividad de la experiencia del testigo.

⁴ Retomo el término técnico utilizado en clínica, pues ciertos psicoanalistas han mostrado que la prueba de los campos era el objeto de una exclusión de la memoria, análoga a la de los traumas de la infancia.

6. La memoria corporal como revelador de la veracidad de los campos de concentración

A causa del debilitamiento de la conciencia, el cuerpo del detenido está en contacto directo con la realidad de los campos. Es un “revelador” tan sensible como una placa fotográfica: en el momento de la experiencia, el espíritu no tenía la facultad de interpretar, y así lo que ha sido registrado no ha estado sujeto a una selección. La precariedad de la condición de detenido se traduce en una ausencia de elaboración, en los pasajes del libro 1 donde el libro 0 hace intrusión, en particular en los relatos de episodios vividos. El lector ya no está confrontado a una representación del campo, sino que está en contacto directo con esos avatares de la existencia donde lo que estaba en juego era dramáticamente la supervivencia del testigo.

El contraste entre estos *flash-backs* y nuestros recuerdos personales manifiesta la importancia de la memoria activa en la percepción de la duración de un acontecimiento prolongado o de una acción continua.

Cuando recordamos un acontecimiento biográfico, evocamos todo lo que lo rodea, los precedentes y los consecuentes. En los testimonios de los liberados, los hechos se presentan como instantáneas. «Asistimos a un fracaso de la representación común y a la constitución de un *modo de conocimiento* radicalmente nuevo» (Jurgenson 2003: 147, subrayado en el original). El relato constituye lo real como si fuese visto por primera vez⁵. Así la percepción es atrapada por lo que llega, porque la relación con el mundo no está ya mediatizada por un dispositivo reflexivo. Por esto, la exhumación de lo que fue la experiencia permite reproducir, si el autor encuentra los términos adecuados, aquello que fue lo real. «Lo real, en la acepción inmediata del término, es lo que es. Decir que una cosa es, es decir que posee existencia en el momento de la enunciación. Decir que una cosa ha sido, es ya sustraerla algo de su realidad... El acontecimiento [...] debe ser restituido de manera estricta, lo que supone su contemporaneidad, la simultaneidad del acontecimiento y la palabra» (Jurgenson 2003: 65). ¿Cómo decir exactamente lo que fue el acontecimiento, y así alcanzar el ideal regulador de todo testimonio –en el sentido de la estética kantiana?. La toma directa de contacto de la percepción del detenido con la realidad hace que eso sea posible.

La mayoría de los testigos dice testimoniar en nombre de los otros, en particular en nombre de quienes ya no pueden testimoniar. Jurgenson confiere un sentido radical a este *leitmotiv*, demostrando cómo el libro 0 es necesariamente un testimonio colectivo. El «recuerdo» no puede ser personal, pues el «yo» era problemático en la existencia en los campos; y esto, bajo tres puntos de vista. En primer lugar, la reduc-

5 El relato de Imre Kertész *Être sans destin* (1988), por cierto muy construido, reproduce fielmente el descubrimiento de los campos: el testigo es un adolescente de quince años, persuadido de que va a contribuir al esfuerzo industrial de los alemanes para la guerra, y su ingenuidad contrasta irónicamente con lo que sabe el lector.

ción del ser humano al estatuto de detenido eliminaba la identidad nominal, el individuo no era más que un número. Seguidamente, el estado de deterioro físico menguaba las capacidades de la memoria, y a causa de esto, la vida anterior era puesta entre paréntesis. Por último, la organización del campo hacía difícil mantener una identidad social: imposible interactuar con alguien como entre un «yo» y un «tú». Esta oclusión del sí mismo en beneficio del conjunto de los detenidos se traduce en los relatos –los libros 1– por la frecuencia del «on» [se] como sujeto de la acción u objeto de la victimización. En estos testimonios, el uso de este pronombre no es en ningún caso banal, es un recuerdo incesante del hecho de ser sólo un elemento indeterminado en una caterva de subhombres.

Ahora bien, la privación de la ipseidad –esta identidad substancial que mantiene al hombre despierto y mentalmente normal en el sentimiento permanente de ser una entidad única– tiene por consecuencia que el libro 0 no sea más que la expresión plural de los detenidos. El testimonio del superviviente es un testimonio colectivo, no en el sentido usual de una confrontación de memorias de varios testigos, sino en el sentido de que el pasado sólo surge asignado a un conjunto de individuos sin individualidad, a un grupo indiferenciado de seres reunidos por el mismo destino. El testigo no se arroga el título de portavoz de otros; su libro 1 se extrae del libro 0, que es plural, impersonal y anónimo.

Finalmente, el análisis de Jurgenson explica la razón por la cual el libro 0 se ha borrado, y por qué debe ser rescatado del olvido a la hora de redactar el libro 1. Si el borrador está inscrito en la memoria corporal, es por el contacto directo con la muerte. Desde el momento en que el peligro o la presencia de la muerte son descartados, la atención se relaja y la memoria abandona al olvido numerosos contenidos vividos. Querer retomar ese texto inicial, significa situarse de nuevo en presencia de la muerte. «No es porque el campo no pueda ser dicho [que es inefable], sino más bien porque sólo lo puede ser demasiado –sea en una lengua reducida a veinte vocablos o un texto de envergadura épica–, por lo que la pérdida del borrador oral permanece como una herida original de la que los textos sucesivos portarán la huella» (2003: 97).

7. Modo de empleo de estos testimonios

Todas estas consideraciones sobre la producción de testimonios históricos tienen su corolario en la recepción adecuada por los lectores. Evidentemente no leemos estos libros como documentos históricos o novelas de guerra. Nuestra dificultad para hacernos una idea de lo que los testigos han vivido radica en que el lenguaje común no está adaptado a la descripción de realidades de este orden. Estamos tentados a abandonar la lectura de los detalles y de retener sólo el mensaje global: una llamada a la movilización por la paz, la democracia y el respeto de la dignidad humana.

Sin embargo, gracias a estos testigos, quienes aceptan confrontarse a estas catástrofes pueden vivir una experiencia carnal, si bien mediatizada por el relato de

lo que fue su realidad vivida. Como el viaje en el que Dante arrastra al lector de *La divina Comedia*, esta lectura lleva al infierno. Salvo que ese infierno no es mítico, sino que es éste que hombres de nuestro mundo han creado para otros hombres, demostrando con su ingenio cómo el menosprecio de toda ley moral puede hacer aparecer el rostro moderno de la barbarie.

Los lectores que tienen el coraje de enfrascarse en esta aventura –que leen estos testimonios con la atención prestada a los textos sagrados, que aceptan perder ciertas certezas sobre los límites del mundo humano, que exponen su sensibilidad a la crueldad de esta realidad vivida –, no regresarán indemnes. La confrontación de uno mismo con los relatos de quienes han vivido las catástrofes del siglo XX es, como en una travesía por las proximidades de la muerte, una experiencia que transforma la relación del ser con el mundo: ya no podrá mantener la misma actitud frente a la sociedad contemporánea y su evolución futura, porque sabe que la frontera entre lo humano y lo inhumano se ha desplazado. Si es acogido por una conciencia abierta a la expresión trágica de una existencia en los límites de la esencia humana, el testimonio histórico contemporáneo puede hacer de su lector un nuevo relevo para la memoria de lo que fue, consagrarlo testigo de testigos.

8. Referencias bibliográficas

AMOSSY, R. (Norton Cru)

2000 «L'éloquence du témoignage. La polémique des *Nouvelles littéraires* autour de Norton Cru». En *Sur les traces de Norton Cru*, M. Frederic y P. Lefevre (comp.), Bruselas, Edition du Musée Royal de l'armée.

DORNIER, C.

2004 «Le genre du témoignage dans les écrits du XVIII^e siècle: de la déclaration d'intention à l'effet de réception». En *Formes discursives du témoignage*, F.C. Gaudard y M. Suarez (comp.), Toulouse, Editions Universitaires du Sud.

DULONG, R.

1998 *Le témoin oculaire. Les conditions sociales de l'attestation personnelle*. Paris, Editions de l'EHESS. KETERSZ, I. (1998), *Etre sans destin*. Original: Budapest, 1975, trad. fr. Actes Sud, Aix-en-Provence.

JURGENSON, L.

2003 *L'expérience concentrationnaire est-elle indicible?* Paris, Editions du Rocher.

LEVI, P.

1987 *Si c'est un homme*. Einaudi, Turin, 1947. trad. fr. Julliard, Paris.

1989 *Les naufragés et les rescapés. Quarante ans après Auschwitz*. Turin, 1986. trad. fr. Gallimard, Paris.

NORTON CRU, J.

1929 *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants*

1993 *édités en français de 1915 à 1928*. Paris, Les Etincelles (1929) Nancy, Presses Universitaires de Nancy (1993).

1931 *Du témoignage*. Paris, Editions Allia.

1990

ROUSSEAU, F.

2003 *Le procès des témoins de la Grande Guerre. L'affaire Norton Cru*. Paris, Ed. du Seuil.